

El sobre azul sobre el dressoir

No recuerdo de dónde vine... al menos no con exactitud; sí les podría contar que me sentí encerrado en un lugar estrecho, frío y muy oscuro. Me sentí tan solitario que podría describirlo como estar sepultado bajo la tierra húmeda de mi amado terruño entrerriano.

Con cierta dificultad pude ponerme de pie y ver por última vez mi caballo tobiano que sin remordimiento alguno me sacudió del lomo al suelo en plena noche de principios de marzo en medio de la nada, la nada de la nada misma...

En uno de los bolsillos de mi saco embarrado aún llevaba celosamente guardado aquel vistoso sobre azul, con ribetes dorados y prolijamente lacrado, que una mañana unos cuantos días atrás me había entregado en mano mi Gral. Ricardo López Jordán.

- Debe ser entregado antes del 11 de abril- Fueron sus únicas palabras.

Por sus manos temblorosas, frías y su mirada perturbada, rápidamente entendí que no era sencillamente un mensaje, sino que eso ocultaba un propósito inesperado para quien lo recibiera.

Afortunadamente no estaba tan lejos y prontamente pude distinguir el portón de reja de la Estancia San José y luego de recorrer el largo sendero arbolado, atravesar el patio, llegué a la puerta principal.

Me presenté haciendo una pequeña reverencia casi ridícula siendo que no armonizaba con mi aspecto de soldado vagabundo.

- Me han instruido para entregar este sobre a Don Justo en persona.

Tres jóvenes muchachas sorprendidas y sonrojadas, me respondieron casi al unísono que Don Justo ya no vivía más allí, luego de un episodio lamentable y muy doloroso.

Guardé nuevamente el sobre azul entre mi ropaje y giré sobre mí mismo encaminándome en realidad a la nada misma.

- Joven Carmelo... es de noche, está mojado y se ve hambriento. Mis hermanas y yo le ofrecemos hospedaje.

En un primer instante me pareció poco decoroso, pero tal como lo había dicho Ana Dolores, tenía frío, estaba mojado, sufría un hambre sobrenatural y sobre todo... me había quedado sin transporte.

La idea de un plato caliente y una cama confortable fueron cuestiones muy razonables para aceptar.

Me alojaron en una de las dieciocho habitaciones de la estancia que daba a lo que Flora, la más tímida de las tres me señaló como el Patio de Honor; al mismo tiempo que me advertía que disfrutara de las comodidades con libertad pero que ningún huésped podía acercarse a la habitación central.

Esa noche cenamos plácidamente, disfrutamos del buen brebaje de una licorera musical y antes de retirarme a mi habitación, ya estando solo, y podría decirse que a escondidas, me atreví a revisar un movimiento magistral sobre el tablero de ajedrez que, a juzgar por el polvillo sobre sus piezas de madera y marfil, hacía años que nadie los tocaba.

A la mañana siguiente, creí prudente emprender el regreso. Por lo que muy amablemente las tres anfitrionas insistieron en que sería un error fatal abordar el camino a pie bajo esa lluvia persistente. Y convencido de tal argumento, me quedé otro día más, y otro más... y otro.

Comenzó a extrañarme que todas las tardes a las 7:30, Ana Dolores, Flora y Aurelia se ausentaban silenciosamente. Tal vez se retiraban a sus habitaciones, ¿o tal vez eran ellas las que hacían sonar el piano del salón de los espejos? ¿También eran ellas las que por las noches volvían atrás mi jugada sobre el tablero de ajedrez?

Mi mente de estrategia no toleraba tanto misterio. Una tarde, a las 7:30 por supuesto, cuando las dueñas de casa parecían nuevamente desaparecidas, me invadió la insolencia y decidí asomarme a la puerta de la habitación central, que precisamente estaba en frente de la mía. No me sorprendió que estuviese cerrada. De alguna forma lo agradecí ya que de esa manera pude disimular mi intrusión. Además, una puerta cerrada era un desafío sencillo. Un alambre y apenas un poco de habilidad... sólo un poco... y distraer mis pensamientos para no sentir desasosiego. No es bueno sentir culpa. Podría jurar que no era mi

intención ser un huésped desagradecido o rebelde. Pero la curiosidad es tan imperativa; ¡siempre logra imponerse a la razón!

Girando un poco hacia un lado, un poco hacia el otro y mirando hábilmente como pollo asustado por encima de mi hombro, logré entrar. No sé si me sentía aliviado o sorprendido. ¿Desilusionado tal vez? Tan sólo era una habitación, un poco extraña, con una lápida contra la pared y un pequeño altar con la Virgen del Carmen. Muy fácil de reconocer siendo que es la patrona del ejército. Sólo tenía que dar unos pasos más para acercarme y poder leer la dedicatoria sobre el mármol de la lápida. Pero la balada de piano se detuvo y era cuestión de minutos de reloj de arena, para que Aurelia, Ana Dolores y Flora aparecieran súbitamente recorriendo la galería. Ellas justificaban su ausencia diciendo...

- Vamos a orar a la capilla.

Esa noche, como todas, entré al salón de los espejos y volví a hacer mi jugada de ajedrez.

Esa noche, como ninguna, no pude lograr conciliar el sueño. Mi razonamiento terrenal no es compatible con historias de fantasmas; eso son cuentos para niños. Es un modo rápido y eficaz para mantenerlos obedientes.

- ¡Pero santísima Virgen! ¡No son historias para soldados!- Y esto último me lo repetía una y otra vez mientras me aferraba a la firme decisión de marcharme al día siguiente: ¡Decisión irreversible! ¿Dije irreversible?

Amaneció siendo un lunes 11 de abril, principio de Semana Santa. Pero en cuanto quise levantarme, mis piernas y brazos ardían como si estuviesen envueltos en brasas.

- ¡Estamos en cuarentena Carmelo! ¡Cuarentena! Han venido desde Concepción a dar aviso. Parece una extraña peste, tal vez llegada de Europa, nadie sabe. O también dicen que pudo haber venido desde Uruguay, cruzando el charco, como quien dice.

Y por obvia razón, la voz de Flora sonaba vacilante.

- Parece que va a tener que ser una cuarentena de más de cuarenta días, una cuarentena de tal vez... unos cien días. ¡Definitivamente sí! Una

cuarentena de cien días.- Y mientras Flora se sujetaba la cabeza con ambas manos y con señal de asombro, Aurelia asintió con una sonrisa torcida mirando hacia lo lejos.

Pero “la mentira tiene patas cortas y la verdad siempre la alcanza”. No necesité de mucha ciencia para recordar que hay hierbas ingratas que provocan ese picor maligno, y no fue muy difícil deducir quienes habían sido las causantes de tal afección.

Rápidamente calcé mi uniforme, me aseguré de guardar muy bien el sobre azul dentro del bolsillo de mi saco y, casi a hurtadillas, volví por donde vine, a ese lugar estrecho, frío y muy oscuro donde me sentía solitario y abandonado.

- ¡Aurelia! ¡Aurelia! ¿Qué es ese sobre azul sobre el *dressoir*?
- Pero Ana Dolores, ¡qué forma salvaje de gritar! ¿Acaso un sobre merece tanto alboroto, o es que sea azul lo que te provoca tanta agitación?
- Es el sobre y es porque es azul, querida hermana. Acabo de limpiar el mueble y ese sobre no estaba allí.
- Yo lo resuelvo.- Acotó Flora.- Lo abriré, seguramente será una invitación, y si es así, no importa cómo llegó hasta aquí.

“3 de Marzo de 1870, Concordia

Estimado Justo José de Urquiza:

espero que esta carta llegue a tiempo para prevenirle de que se ha planificado darle muerte en su estancia por considerarlo traidor a la causa federal.

Son momentos en que no debe confiar en nadie, ni en su propia gente de la estancia.

Dios y la Patria son testigos de mi arrepentimiento.

Con todo mi aprecio,

Ricardo López Jordán.”